

CAPÍTULO 1

Los ojos de Arabella parecen cien veces más brillantes que la luz de la luna proyectada en el cielo. Me resulta difícil llamar cielo a la superficie interior de la cúpula, o luna a esa luz sintética, pero debo hacerlo. Nadie puede saber que he estado en el exterior.

Mientras guío a Arabella por el estrecho callejón, los altos y oscuros edificios nos oprimen desde ambos lados y, a pesar de que valoro la luz extra que crean sus ojos, la situación es peligrosa. Si alguien nos descubriera, expulsarían a Arabella de la cúpula para que los trituradores la hicieran pedazos. Y a mí también.

Me detengo.

—Respira hondo —le digo—. Intenta calmarte.

—Lo siento, Glory. —Su voz es débil y temblorosa—. Me brillan más los ojos cuando estoy asustada. —Arabella parece más pequeña, no aparenta sus trece años, y se le acelera tanto la respiración que comienza a jadear y a derramar lágrimas de color verde fluorescente, que se desvanecen a medida que le recorren las mejillas—. Soy un bicho raro.

Estrecho su frágil cuerpo en un abrazo tranquilizador. A pesar de su baja estatura, la ropa le viene pequeña y el hombro de su tosca camisa necesita unas puntadas.

—No eres un bicho raro —le digo—. Y en el lugar al que vas hay muchos elegidos.

—¿Elegidos? —me pregunta.

—Elegidos es otra forma de llamar a los mutantes. Es más bonita, ¿no crees? —Y apropiada en el caso de Arabella.

Mi mutación, por otro lado, es una maldición que nunca voy a volver a utilizar. No para matar.

Arabella hunde los hombros.

—Si soy una elegida, ¿cómo es que mis padres me ocultaron? ¿Cómo es que la Dirección quiere matarme?

—La gente teme lo que no entiende. —Enjugo una lágrima de su mejilla—. ¿Cuántos de tus amigos no necesitan llevar linterna para ver en la oscuridad?

Ella baja la mirada.

—No tengo amigos.

Se me encoge la garganta.

—No te preocupes. En el lugar al que vas harás un montón de amigos nuevos. —Y encontrará, espero, a alguien que se haga cargo de ella ahora que la he separado de sus padres.

Por un instante, me gustaría poder irme con Arabella, regresar a la seguridad del asentamiento y ver a mi padre y a mi hermano de nuevo, pero no es posible. Además, aquí estoy salvando vidas, trabajando como infiltrada para la Resistencia, con la misión de rescatar a los mutantes de Haven y ponerlos a salvo.

Tras alzar la mirada a través del estrecho espacio que separa dos fábricas, ladeo la cabeza para poder ver entre los obstáculos. Los gases que expiden las fábricas se elevan y flotan sobre nosotras retorciéndose y buscando una vía de escape: los conductos de ventilación de esta zona necesitan una reparación. A través del humo distingo los desvaídos paneles azules del cielo. En esta parte de Haven se inclinan abruptamente y, a juzgar por el ángulo de la luz de la luna, vamos a llegar tarde a nuestro encuentro con Clayton.

Arabella es la mutante número treinta y siete que he rescatado en los tres meses que han pasado desde que volví a Haven. Es un récord y no voy a fallar ahora.

—Sé que da miedo —le digo—. Pero vas a estar a salvo, te lo prometo.

Arabella niega con la cabeza y su pelo casi blanco se balancea en torno a sus frágiles hombros. Vuelvo a abrazarla, manteniendo la respiración pausada y constante, con la esperanza de transmitirle tranquilidad.

Cuando la encontré, estaba viviendo detrás de una pared falsa en una esquina del diminuto apartamento de sus padres, casi incapaz de moverse. Después de que su madre y su padre

descubrieran que era una mutante, no mucho más tarde de que cumpliera doce años, la escondieron y, por lo que parece, casi nunca le daban de comer.

El alivio que sintieron los padres de Arabella cuando les aseguré que podía ayudarla fue evidente. Apenas hicieron preguntas antes de entregar a su hija a una completa desconocida que les liberaba de tener que encargarse de su cadáver.

No estoy siendo justa. Es probable que yo fuera el primer rayo de esperanza para ellos desde que se manifestó la mutación de Arabella. Cuando nos marchamos, le dijeron que la querían y, en realidad, creo que se sintieron en paz porque les había ahorrado el dolor de verla morir.

—Yo también tenía trece años cuando perdí a mis padres. —Dejo de abrazarla—. Hace tres años y medio.

Alza la mirada y el brillo verdoso de sus ojos se desvanece.

—¿Murieron?

—Mi madre murió. —Se me encoge el corazón, pero reprimo ese recuerdo y miro hacia la pared de ladrillos medio derruida que hay a nuestro lado—. Mi padre está vivo, pero durante tres años mi hermano y yo pensamos que había muerto junto con nuestra madre. —Es suficiente. No necesita saber los detalles.

—¿Así que tu hermano y tú estuvisteis solos durante tres años? ¿Sin padres?

Asiento.

—¿Por qué se marchó tu padre? ¿Adónde fue?

—Al mismo lugar al que vas tú. —Le froto la espalda—. Se llama Héctor Solís. Salúdalo de mi parte, ¿vale?

—¿Cómo sobreviviste sin tus padres? —me pregunta con voz entrecortada.

—Sobreviviendo, simplemente. Tú también podrás. —Vuelvo a observar el ángulo de la luz de la luna. Tenemos que ponernos en marcha.

—¿Cómo se llama tu hermano? —me pregunta.

—Drake. —Fijo la mirada en el callejón por si detecto movimiento—. Él también es un elegido.

—¿Tu hermano es un mutante? —Arabella abre los ojos asombrada—. ¿Lo desterraron?

—No, está a salvo y es feliz. —Al menos lo era hace tres meses—. Lo ayudé, igual que estoy ayudándote a ti.

—¿Tú también eres una mutante? —Su voz es ahora más firme y el brillo de sus ojos ha disminuido.

—Vamos. —Finjo que no la he oído—. Si te agarras a mi camisa —le tiendo el extremo trasero—, ¿podrás mantener los ojos cerrados?

Ella asiente.

—No puedo controlar mi mutación. Lo siento.

—No te preocupes. Tu mutación es fantástica. Ojalá yo también pudiera ver en la oscuridad.

—¿Lo dices en serio? —Una media sonrisa se dibuja en su rostro cansado y aterrorizado.

—Sí, pero ahora mismo tus ojos llaman demasiado la atención. —Me aseguro de que está agarrada a mi camisa; después recorremos el callejón moviéndonos lentamente primero y ganamos velocidad a medida que Arabella se acostumbra a andar a ciegas. No puedo arriesgarme a guiar a nadie hasta el punto de encuentro que Clay y yo acordamos. Si lo descubrieran, él tendría que encontrar otro y yo no podría salvar a más mutantes hasta ese momento.

Mañana por la noche tengo una reunión con Clay y recibiré una nueva lista de objetivos, estoy deseando verla. Sólo queda una persona de la lista que tengo ahora, pero no he sido capaz de encontrarla.

Los ojos de Arabella se abren e iluminan la calle. Me encojo, asustada por si nos han descubierto, pero rápidamente vuelve a cerrarlos y bajo el ritmo al imaginarme lo aterrorizada que debe estar.

Finalmente, llegamos al punto de intercambio y, a medida que nos acercamos, la coronilla de la cabeza calva de Clay comienza a asomar por el hueco de una alcantarilla.

La tensión desaparece. Hemos llegado justo a tiempo.

Cuando nos ve, vuelve a adentrarse en la alcantarilla y yo me vuelvo hacia Arabella.

—Tienes que bajar por esta escalerilla. —Señalo el agujero.

Ella niega con la cabeza y sus ojos vuelven a brillar. Todo el callejón queda iluminado por una deslumbrante luz verde.

—Yo iré contigo. —Se supone que no debo bajar porque eso supondría tener que dejar la tapa abierta durante más tiempo, pero de toda la gente a la que he ayudado, Arabella es la más frágil, la que está más asustada.

Agarrándola de los hombros, la conduzco hacia la abertura, me agacho con ella y la guío hasta el peldaño más bajo que puede alcanzar. Está temblando y no sé si tiene la fuerza necesaria para descender sola por la escalerilla. La sujeto por debajo de los brazos y sitúo el pie en el borde del mismo peldaño que ella.

—Yo te ayudo. Súbete a mi pie.

Me hace caso, y no pesa casi nada. Muevo el otro pie.

—Ahora, el otro.

Arabella obedece y yo, con los brazos aún situados bajo los suyos, dejo que mis manos se separen de la superficie de la calle. Deseando estar sujeta a un peldaño, desciendo con sus pies sobre los míos y me arañó la espalda contra el borde de la alcantarilla.

Nos resbalamos. Ella se pone rígida, pero me aferro a lo alto de la escalerilla justo a tiempo.

—No te preocupes —le digo—. Estoy justo detrás de ti. No vas a caerte.

Ella se sujeta a la escalerilla sin que se lo diga y descendemos juntas.

—Derecha, izquierda, derecha —susurro guiando cada uno de sus pasos para estar sincronizadas.

Cuando llegamos al fondo, Clay apunta la linterna en nuestra dirección y gruñe, se acerca a grandes zancadas y mira hacia lo alto por el hueco de la escalerilla.

—Esto empieza a ser demasiado peligroso —dice. La luz brillante de los ojos de Arabella, me permite ver que está impresionado y a la vez molesto por que haya descendido. El aire frío y húmedo hace que se me ponga la piel de gallina.

—Arabella —digo—, este es Clayton. Te guiará a partir de ahora.

La luz verde nos envuelve de nuevo.

—No te preocupes —le digo—. Ha salvado a muchos, muchos, muchos niños como tú. —Clay también debe de sentir

miedo, porque fuerza una sonrisa en su rostro bronceado y deja al descubierto los dientes, que brillan bajo la luz que desprende Arabella.

—Mis padres m-me dijeron que no hablara con desconocidos, incluso antes de saber que era una mutante.

Poso las manos en sus hombros.

—Mis padres me enseñaron lo mismo, y me costó confiar en el chico que nos ayudó a mi hermano y a mí, pero ¿sabes de lo que me he dado cuenta?

Sacude la cabeza con los ojos brillantes abiertos como platos.

—Averigüé que una cosa es ser precavido y otra muy diferente es no confiar en nadie.

Ella asiente, pero su mirada sigue llena de preocupación fosforescente.

—¿Confías en mí? —le pregunto.

—Creo... creo que sí. —Arruga la nariz—. Mis padres me dijeron que podía ir contigo, pero no mencionaron a nadie más.

—Yo confío en Clayton. Plenamente. Así que eso significa que tú también puedes hacerlo.

—Va-vale.

Clayton se acerca despacio hacia nosotras.

—¿Puedes andar tú sola? —pregunta, y Arabella asiente.

—Genial. ¿Por qué no te sientas un segundo y descansas mientras hablo un momento con Glory?

Arabella retrocede hasta la pared, se desliza contra ella y se sienta, con las rodillas contra el pecho y los delgados brazos rodeando sus piernas.

Clayton camina en la otra dirección, se gira hacia mí y me susurra:

—No deberías haber bajado.

—Ahora que estoy aquí, ¿tienes mi nueva lista? —Necesito más nombres, más mutantes a los que rescatar. Por una parte temo y por otra espero que los hijos de Gage estén en una de las listas de Clay. Gage fue desterrado el mismo día que yo escapé de Haven, y si alguno de sus hijos es un mutante, tengo la esperanza de salvarlo.

Clay hace un gesto de negación.

—Rolph ha ordenado que bajemos el ritmo.

Siento una sacudida, como si me hubieran dado una bofetada.

—¿Por qué? ¿No le parece que estemos haciendo un buen trabajo? —Cuando Rolph, el comandante de la Resistencia, me pidió que volviera a Haven a salvar a otros mutantes, no le costó mucho convencerme.

—Te estás arriesgando demasiado —dice Clay.

—Estoy teniendo cuidado. —Mantengo la cabeza alta—. Y correría más riesgos si eso supusiera salvar a más mutantes.

Clay apoya las manos en mis hombros.

—Vamos a reducir el número de redenciones por ahora.

—Pero ¿por qué?

—Rolph se ha enterado de que estás entrenándote para ser una ejec. —Clay hace un gesto negativo con la cabeza—. Es demasiado peligroso.

Me arden las mejillas.

—Fue Rolph quien me pidió que trabajara de infiltrada. ¿Qué parte de eso pensó que no iba a ser peligrosa?

—Supuso que conseguirías algún puesto más discreto, no uno tan expuesto como el de aprendiz de oficial ejecutor. Debí contarle antes lo de tu asignación. —Clay se rasca la nariz.

—Pero este es el mejor puesto que podría tener. —Tenso la cuerda que me sujeta la cola—. Tengo mucho más acceso, mucha más libertad. Quizá no sea capaz de piratear el sistema como tú, pero en el entrenamiento tengo acceso a la base de datos de Recursos Humanos. Además, estoy aprendiendo técnicas de combate y me estoy haciendo más fuerte.

Clay frunce el ceño.

—Todo *eso* es lo que lo hace demasiado peligroso.

—Todo *eso* es lo que me hace ser mejor en mi trabajo. —Se me hace un nudo en la garganta. Necesito convencerlo. Si no puedo salvar a más mutantes, ¿para qué estoy aquí? Y ¿por qué me han separado de mi familia?

Y ¿cómo podré compensar todo lo que he hecho?

Clay vuelve a fruncir el ceño.

—No se trata sólo de quién esté expuesto, se trata de todos nosotros. —Adopta una postura más firme—. Está de-

cido. Rolph ha dado la orden. Estás fuera de servicio hasta nuevo aviso.

Lo agarro de un brazo.

—Lucha por mí. Dile que se equivoca.

Clay niega con la cabeza.

—Los ejecs están aumentando la seguridad para la celebración del cumpleaños del presidente. Han instalado cámaras nuevas y llevará tiempo averiguar cuáles funcionan de verdad. Creo que Rolph tiene razón, tu implicación en las redenciones es un gran riesgo.

—¿Qué? —El sudor me hormiguea en la piel a pesar del aire frío—. ¿Cuántos mutantes he encontrado y te he traído?

Él se cruje los nudillos.

—Cerca de treinta.

—Treinta y siete contando a Arabella.

—Son muchos, Glory. Vamos demasiado rápido.

—Esto no será porque no pude encontrar a Adele Parry, ¿verdad? —Es el único nombre que me dio Clay que no pude encontrar. Y una de las pocas adultas. Las habilidades de los mutantes aparecen normalmente en la pubertad, así que muchos de los que he rescatado eran adolescentes. Como mi hermano—. ¿Sabes algo más de Parry? No estaba en el puesto de trabajo que me dijiste, ni en su dirección, pero la encontraré. Lo conseguiré.

Clay niega con la cabeza.

—Rolph se la ha asignado a otra persona.

—¿A quién? —Me da un vuelco el estómago—. Soy la única soldado de la Resistencia con una identificación válida en Haven. Tengo libertad para moverme por la ciudad. Debería ser yo la que la encontrara, a ella y a todo el mundo.

—Olvídalo, Glory. Ella ya no es tu responsabilidad.

—Pero puedo encontrarla. —Salvar a mutantes es la razón por la que estoy aquí. Es todo lo que tengo, todo lo que soy.

—Glory. —Me pone una mano en el hombro—. Rolph y yo no somos los únicos que estamos preocupados por ti. Tu padre también lo está.

Se me corta la respiración.